



“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023) Ciclo de lectura, debate y prospectiva

Materiales de trabajo Octava Sesión

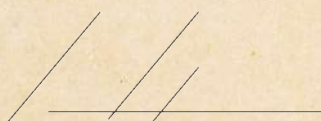
Guía de trabajo para la octava sesión

Intelectuales, filosofía y revolución. p. 2

Conferencias:
Los intelectuales y la revolución
(pronunciada el 1 de diciembre de 1923) p. 8

La crisis filosófica
(Sin fecha) p. 10

Organiza:



Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUR



Octava sesión: Intelectuales, filosofía y revolución

Conferencias

- Los intelectuales y la revolución (1 de diciembre de 1923)
- La crisis filosófica (sin fecha)

La primera de estas conferencias fue pronunciada en el local de la Federación de Motoristas y Conductores Públicos dado que en noviembre de aquel año la Federación de Estudiantes fue desalojada de su local en el parque de la Exposición (actual Museo de Arte de Lima - MALI). La segunda no llegó a dictarse, pero se cuenta con las notas del autor que aquí se reproducen. Si se revisa el programa de las conferencias,¹ se verá que estaba prevista una conferencia sobre “La crisis filosófica”, no así una sobre “Los intelectuales y la revolución”.

I

Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico.

Karl Marx y Federico Engels: *El Manifiesto Comunista*

Si bien el texto del Manifiesto no utiliza la palabra “intelectuales” sino *Bourgeoisideologen*, sin duda se refiere a esa peculiar categoría social a la que Mariátegui dedica una de las conferencias que comentaremos en esta sesión. La cita es, además, doblemente pertinente: no solo se refiere a un sector específico de la mencionada categoría social, se refería también -y en primer lugar- a los autores del *Manifiesto comunista*.

Las definiciones de *intelectual* que dan los diccionarios van desde la simplicidad literal del DRAE: “alguien dedicado a las ciencias o a las letras”, hasta la complejidad que recoge Wikipedia: “un intelectual es una persona que se compromete en el pensamiento crítico, la investigación y la reflexión sobre la realidad de la sociedad, y propone soluciones para sus problemas normativos”. Entre ambas se abre un abanico de definiciones que dan cuenta de opciones más globales frente a la sociedad y sus procesos.

Como toda categoría social, esta es también una construcción histórica. La función de pensar, analizar y proponer es tan antigua como la sociedad. Su diferenciación de otras funciones tuvo que ver con la aparición de la división del trabajo. Sin embargo, la categoría *intelectual* es propia

¹ Publicado en *Claridad*, Año I, N° 2. Lima, julio de 1923, pág.9. Accesible en <http://hemeroteca.mariategui.org/index.php/Detail/objects/45>

de la modernidad en tanto se diferencia del escriba, del clérigo, e incluso del maestro, sujetos de una u otra manera al poder político. Su diferenciación avanzó de la mano con el desarrollo de la sociedad civil como esfera autónoma y de la Ilustración como proceso político-cultural.

En Europa, desde fines del siglo XVII, y en América, desde mediados del XVIII, aparecieron “intelectuales” (o “ideólogos”) que comenzaron a pensar y proponer por fuera del poder oficial. Incluso, a veces, contra este poder. Se desarrollaron al amparo de algunos aristócratas ilustrados en los espacios que estos les abrieron: los “salones”. Entre ellos se tejieron lazos, a través del intercambio epistolar, configurando un espacio propio, “la República de las Letras”, que se expresó a través de revistas² y se materializó en las Academias que se fundaron para el desarrollo autónomo de las ciencias, ciertamente con las restricciones que les impuso al absolutismo de aquellos siglos. A lo largo del siglo XVIII, los “intelectuales” ganaron nuevos espacios: los cafés y sus equivalentes en países europeos y americanos.

En los procesos revolucionarios que se sucedieron desde 1770 en adelante (EE UU, Francia, Hispanoamérica) fue visible el rol de los “intelectuales” (o “ideólogos”) cumpliendo los roles antes mencionados, utilizando diversas tribunas y en particular la prensa. Fueron los protagonistas de los debates fundacionales de las repúblicas: federales contra unitarios, liberales versus conservadores, igualitarios contra unos y otros, etc. El poder, sin embargo, les sería esquivo.

Fue en el siglo XIX cuando la categoría “intelectual” adquirió las dimensiones que hoy le reconocemos. Y en particular se delimitó claramente la diferencia entre el académico y el intelectual. Si bien este habitualmente ha pasado por la universidad e incluso ocasionalmente ha ejercido la docencia, lo propio de él es la intervención en los asuntos públicos. En Alemania, fueron los “jóvenes hegelianos”, de 1830 en adelante, discípulos rebeldes del gran maestro, agudos críticos del orden existente, propulsores de radicales reformas a través de publicaciones que duraban lo que la censura tardaba en detectarlas. En la Rusia zarista fue la “intelligentsia” (término acuñado en Polonia), élite ilustrada, que estaba llamada a conducir la remoción de las estructuras arcaicas y opresivas del imperio; y cuyos avatares explican buena parte de la historia rusa desde mediados del siglo XIX en adelante.

El episodio decisivo en cuanto al perfilamiento de los intelectuales y su rol en la sociedad burguesa tuvo lugar en Francia a fines del siglo XIX. En la última década del siglo XIX tuvo lugar el célebre “affaire Dreyfus”. A fines de 1894 el capitán Dreyfus, judío-alsaciano, fue acusado de traición y condenado por, supuestamente, haber entregado información secreta a los alemanes. En el juicio y la condena se puso de manifiesto un agresivo antisemitismo en las élites y clases medias francesas. Frente a este, y defendiendo a Dreyfus, se perfilaron las voces de los intelectuales “dreyfusards”: Émile Zola, Octave Mirbeau y Anatole France.³

² La primera publicación periódica de este tipo fue el *Journal des Sçavans* (1665), la más conocida, *Nouvelles de la République des Lettres*, editada por Pierre Bayle (1684).

³ El impacto del caso Dreyffus en la sociedad francesa se expresó en una de las primeras películas de Georges Méliès, *L' Affaire Dreyfus* (1899). Ver aquí: <https://archive.org/details/LAffaireDreyfus1899>.

II

En *La iniciación de la República*, Jorge Basadre utilizó el término “intelectual” para caracterizar a Baquijano, “intelectual y aristócrata” para ser más precisos. Podría decirse que la categoría hubiese podido aplicarse también a otros “ideólogos” que se articularon en torno al *Mercurio Peruano* (1791-1795) y luego participaron en los debates fundacionales de la República. Los que sobrevivieron, se dispersaron y más de uno renegó de los ideales republicanos, como Riva Agüero, Vidaurre y Arce.

Alrededor de la mitad del siglo XIX apareció un conato de agrupamiento de intelectuales liberales que tuvo su momento estelar en la Convención Nacional que gestó la Constitución liberal de 1856. Su vigencia fue efímera. El siguiente momento de visibilización de un colectivo de intelectuales, bastante laxo, por cierto, tuvo lugar en torno a la *Revista de Lima* (1859-1863). Varios de sus promotores fundarían años después el Partido Civil. Este partido estuvo de lejos de ser el instrumento de cambio modernizador que promovieron algunos de los colaboradores en la mencionada revista.

Hasta Manuel González Prada, con la salvedad de Francisco de Paula Vigil, el rol de “intelectual” tuvo personeros intermitentes. El tránsito de la crítica a la acción política conllevó, en la mayoría de los casos, su cooptación por el poder estatal. Para eludir ese tránsito Vigil se dedicó en sus últimos años a la disputa político-teológica en torno a las atribuciones del poder eclesiástico. Y González Prada rehuyó dar viabilidad política a sus ideas radicales a pesar de haber fundado un partido, el Partido Unión Nacional (1891). Antes del fin de siglo, don Manuel ya se había convertido en el vocero intelectual del anarquismo en el Perú. En su perfilamiento como intelectual sin duda tuvo influencia el haber seguido de cerca el mencionado *Affaire Dreyfus* durante sus años de permanencia en Europa. Un texto decisivo en la construcción del rol de intelectual en la vida cultural y política peruana es, sin duda, la conferencia de don Manuel que se leyó en el local de la Federación de Panaderos Estrella Roja del Perú el 1º de mayo de 1905: “El intelectual y el obrero”.⁴ La otra vertiente que configura la función de intelectual a inicios del siglo XX es la de los jóvenes arielistas: José de la Riva Agüero, Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde. Los tres compartían una sólida formación académica y una adscripción —con matices— al positivismo y una voluntad de renovar la sociedad peruana “desde arriba”. Más allá de algunos libros muy valiosos, sus intentos de incursionar en política fracasaron, de allí la caracterización autocrítica que asumió Víctor Andrés Belaunde y dio título al mejor estudio disponible sobre ellos: “Sanchos fracasados”.⁵

En el momento en que Mariátegui pronunció su conferencia la función “intelectual” estaba relativamente perfilada en la sociedad peruana. Estaba clara la diferencia con el

⁴ Como parte de una muestra en torno a la obra de MGP, la Casa de la Literatura Peruana publicó una hermosa edición del texto de la conferencia. Accesible en:

https://www.casadelaliteratura.gob.pe/wp-content/uploads/2019/11/EL_INTELECTUAL_Y_EL_OBRERO.pdf

⁵ Osmar Gonzales Alvarado, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. PREAL. Lima. 1996.

“académico”. En muchos casos porque quienes ocupan cátedras eran mediocres repetidores. La crítica de estos fue una de las banderas de las reformas universitarias en el continente.⁶ Y en otros casos, los menos, porque se trataba de notables investigadores y/o docentes que habían decidido abstenerse de cualquier intervención pública.⁷

Esta conferencia apuntaba claramente hacia el nuevo y decisivo momento en la configuración de la función intelectual al interior del proceso político peruano cuyo espacio privilegiado sería la revista *Amauta* (1926-1930).

III

El asunto de los intelectuales ha sido un motivo de fuertes controversias al interior del marxismo. La cita del *Manifiesto* que encabeza estas notas es claramente insuficiente para explicar el desplazamiento que menciona. Puede leerse como una violación —o excepción— de uno de los supuestos de la teoría materialista de la historia al proponer que, en algunos casos, un proceso teórico es más fuerte que el condicionante material de las relaciones de producción y la situación de clase. También puede leerse como un llamado de atención frente a lecturas mecanicistas y casi “naturalistas” del marxismo. La salida probablemente está en entender que las “fuerzas materiales de producción” no incluyen solo el trabajo directo, las máquinas y la tecnología sino también las ciencias y su correlato filosófico. Una determinada comprensión del proceso histórico es fuerza productiva en tanto incide directamente en cómo se organizará la producción material y las relaciones sociales en torno a ella.

Eso es lo que captó de manera aguda Gramsci cuando definió la categoría “intelectual orgánico”. Para Gramsci, siguiendo en esto a Hegel, los intelectuales son los conectores entre la sociedad civil y el estado, dispositivos claves para la legitimidad del estado y la hegemonía de las clases dominantes. Entendida así, la categoría “intelectual” se extiende más allá de académicos y artistas. Incluye a todas y todos los que cumplen una función de conectores entre las diversas categorías sociales, así como entre estas y el estado. Técnicos, administradores, gerentes, funcionarios públicos, maestros, etc., son intelectuales al igual que artistas, científicos, investigadores, filósofos, etc. La diferencia central que establece Gramsci es entre intelectuales tradicionales e intelectuales orgánicos. Los primeros se reducen a reproducir el orden existente; los segundos emergen de la clase revolucionaria en función de elaborar nuevos principios y nuevas relaciones de producción y de vida. Desde la nueva materialidad elaboran una nueva concepción del mundo.

⁶ Al respecto hay numerosas crónicas del joven Mariátegui denunciando y burlándose de esa mediocridad. La figura emblemática fue, sin duda, Manuel Bernardino Pérez, diputado y catedrático sanmarquino, que es mencionado más de 100 veces en los *Escritos Juveniles*.

⁷ Un ejemplo de esto fue Hermilio Valdizán, uno de los fundadores de la psiquiatría peruana, a quien Mariátegui conoció en *La Prensa* y a quien reemplazó en la sección de hechos policiales. En la nota necrológica sobre el psiquiatra que se publica en [Amauta 30](#) (enero de 1930, p. 98) y que sin duda fue escrita por José Carlos se le reconoce su papel como científico investigador y humanista a la vez que se respeta su distancia frente a las preocupaciones ideológicas y políticas de otros integrantes de su generación.

A la luz de esta concepción “orgánica” de los intelectuales cabe revisar críticamente otras aproximaciones marxistas al asunto. Por ejemplo, la de Lenin en *Que hacer*. Allí, el líder bolchevique afirmaba que el rol de los intelectuales (teniendo como modelo la intelligentsia rusa de fines del siglo XIX) era fundamental para desarrollar una conciencia de clase socialista dado que “la historia de todos los países demuestra que la clase obrera, solo con sus esfuerzos, es capaz de desarrollar solamente una conciencia sindicalista”. A primera vista la tesis es poco dialéctica, sobre todo cuando se formula como la dicotomía desde dentro/desde fuera. Una visión dialéctica de la relación entre teoría y espontaneidad llevaría a formular la relación intelectuales/clase revolucionaria de manera más compleja. Por un lado, asumiendo que los intelectuales son también trabajadores, es decir fuerza productiva, y no un grupo social flotando en el aire; por otro, asumiendo que toda clase social tiene formas embrionarias de intelectuales en las diversas mediaciones entre sus diversos componentes, en sus relaciones con otras clases y con el Estado.

En el trato con el asunto de los “intelectuales” al interior de la historia del marxismo hay múltiples desarrollos teóricos, pero no solo eso, también procesos históricos de diverso signo. Períodos de reconocimiento del valor de la creatividad y el ejercicio de la crítica, períodos de dogmatismo y persecución. Tocaré en algún momento hacer el balance de esta historia.

En el terreno más amplio de la teoría crítica, de la reflexión comprometida con ideas básicas de humanidad, quizá valga como definición mínima la que propuso el filósofo norteamericano Richard Rorty: “Por tanto, la tarea del intelectual, con relación al progreso social, no es proveer teorías sociales refinadas, sino sensibilizarnos en relación al sufrimiento de otros, y refinar, profundizar, expandir nuestra habilidad para identificarnos con otros, pensar en los otros como nosotros mismos en forma moralmente relevante”.

IV

Sobre el segundo texto que comentaremos en nuestra sesión proponemos algunas preguntas para la conversación.

La primera: ¿Qué significa “crisis” en esta conferencia? Recordemos que todo el ciclo tiene un título que incluye la palabra crisis. Y que la palabra ha aparecido repetidas veces en las conferencias previas: crisis europea, crisis de la democracia, crisis de la social democracia, etc.

Para ubicar adecuadamente esta conferencia conviene recordar los párrafos finales de la primera conferencia. A continuación, un extracto de la misma:

La crisis mundial es, pues, crisis económica y crisis política. Y es, además, sobre todo, crisis ideológica. Las filosofías afirmativas, positivistas, de la sociedad burguesa, están, desde hace mucho tiempo, minadas por una corriente de escepticismo, de relativismo. El racionalismo, el

historicismo, el positivismo, declinan irremediabilmente. Este es, indudablemente, el aspecto más hondo, el síntoma más grave de la crisis. Este es el indicio más definido y profundo de que no está en crisis únicamente la economía de la sociedad burguesa, sino de que está en crisis integralmente la civilización capitalista, la civilización occidental, la civilización europea.

Tal como lo hemos comentado en sesiones previas, este párrafo y los siguientes pueden ser vistos como expresión de una visión catastrofista, apocalíptica de la revolución social. Sin duda, toda revolución tiene un componente con esas características, un momento destructivo. Y a la vez tiene un componente, un momento constructivo, fundacional que se enraíza en la historia previa. Y esto vale para la economía, la política, la ideología. De esta tensión entre ambos componentes nacieron los debates en torno a la “transición” a la nueva sociedad.

¿Cómo se da la revolución y la transición en el terreno de la ideología, de la cultura, de la hegemonía? (Reconociendo que cada una de esas palabras tiene alcances diferentes).

La conferencia describe y analiza el momento de crisis de la civilización occidental y anota apenas que lo único que queda en pie es “una fe: la de la revolución”. ¿Es eso suficiente para pasar de un momento destructivo al momento constructivo?

La pregunta anterior nos lleva directamente al contenido del proyecto político-cultural: *Amauta*.

La segunda pregunta relevante tiene que ver con el otro término incluido en el título: “filosófica”. ¿A qué se refiere aquí la palabra filosofía?

Esta se puede entender como disciplina académica, como actividad humana, como equivalente al espíritu de la época, o como una determinada doctrina filosófica. El primer párrafo de la conferencia presenta como sinónimos de filosofía: “intuición”, “actitud mental”, “ánima”.

Las notas de la conferencia, a la vez, hacen referencia a determinadas corrientes filosóficas. En apretada síntesis se menciona al idealismo moderno, al racionalismo, al historicismo y al relativismo. Sin embargo, el marxismo no aparece en esta historia. Pareciera que la crisis lleva a un punto muerto, el de la “duda, negación, relativismo” como se afirma en el último párrafo.

El tema quedó abierto y sería uno de los hilos conductores del debate en *Amauta*. En la revista se fueron publicando los textos que se compilarían luego en *Defensa del Marxismo*.

Anexos

Conferencia: Los intelectuales y la revolución⁸

Hace mucho tiempo que la sociedad burguesa está condenada por las obras más ilustres y puras de la Inteligencia y del Espíritu. Los pensadores y los artistas más esclarecidos de esta civilización capitalista han pronunciado contra ella agrias y tudentes requisitorias. Pero hoy que esta civilización capitalista crude, minada por el pensamiento revolucionario, muchos pensadores y muchos artistas ocupan una posición conservadora y reaccionaria. Leopoldo Lugones reniega sus bizarros días de socialista y, mancomunándose con la más grotesca fauna de la política argentina, se incorpora en el cortejo de Mussolini y del fascismo. Mauricio Maeterlink, poseído también de un miedo senil a la revolución social, hace una profesión de fe filofascista. Otros intelectuales, otros artistas, cerrando los ojos y el entendimiento al dilema fatal, se aferran a una fórmula transaccional y centrista: ni reacción ni revolución. Entre ellos recluta sus adherentes y sus fautores la ideología quáquera de la Sociedad de las Naciones y de Mr. Woodrow Wilson. Al lado de la revolución están las más altas y célebres inteligencias contemporáneas: Bernard Shaw, Anatole France, Romain Rolland, Knut Hamsun, Máximo Gorki, Bertrand Russell, Henri Barbusse, Miguel de Unamuno, etc. Pero la mayoría de los intelectuales y artistas oficialmente gloriosos no se atreven a enrolarse en los rangos multitudinarios de la revolución. A veces, el intelectual, el artista, llegan al dintel ideológico de la revolución. Y ahí vacila, titubea y, finalmente, retrocede. La civilización burguesa resulta así defendida por una generación de intelectuales y de artistas que se ha divertido otras veces en vituperarla y satirizarla.

Henri Barbusse dice: «Los intelectuales, los escritores, han cometido bastantes faltas, han aceptado bastantes capitulaciones. Hay bastantes manchas sobre su obra multiforme. Hay bastantes pactos y lazos ventajosos entre la producción literaria y los honores y el dinero. Hay bastantes Institutos y Sociedades domesticadas por el poder y la reacción, bastantes cofradías que pesan sobre el pensamiento en el nombre del sangriento chiste del orden consagrado».

Estas líneas de Barbusse (*Le Conteau entre les Dents*, 1921)⁹ indican una de las raíces del conservadorismo político de muchos representantes del arte, de la literatura y de la ciencia actuales. Sucede, realmente, que la burguesía es aún demasiado fuerte y rica para contar con una numerosa clientela intelectual. Pero ocurre, además, que la psicología y la mentalidad del intelectual y del artista se encuentran habituadas a una posición conservadora y saturadas de prejuicios y sentimientos burgueses. Han sido plasmadas, modeladas, por las sugerencias de un ambiente ideológica y físicamente conservador. Carecen, por ende, de la agilidad y de la sensibilidad precisa para una actitud mental y espiritual radicalmente nuevas. Oswald

⁸ *Bohemia Azul*, año 2, nro. 8, Lima, 24 de enero de 1923. La conferencia fue dictada el 1 de diciembre de 1923 en el local de la Federación de Motoristas y Conductores, como parte de la clausura del sexto ciclo de labores de la Universidad Popular. [Recorte de revista de la conferencia Los intelectuales y la revolución - Archivo José Carlos Mariátegui \(mariategui.org\)](#)

⁹ [Con el cuchillo entre los dientes].

Spengler escribe en el prólogo de su famoso libro *La Decadencia de Occidente* que para comprender su filosofía de la historia «hace falta una nueva generación que nazca con las disposiciones necesarias». La misma frase es aplicable a la Revolución. Para comprenderla, para sentirla, para amarla integralmente, hace falta también una generación que nazca con las disposiciones necesarias.

La inteligencia de los jóvenes está por eso, más cerca de la revolución que la inteligencia de los viejos. La juventud tiene mayor aptitud que la vejez para afiliarse a la revolución. Es espiritual y mentalmente más ágil, más sensible, más permeable. A la vejez se arriba casi siempre espiritual y físicamente arterioescleroso.

Este fenómeno tiene una de sus más nítidas e interesantes expresiones en la élite del socialismo y el proletariado. Casi todos los viejos hierofantes, casi todos los viejos profetas de la Revolución Social se muestran hoy mentalmente incapaces de organizarla y desencadenarla. Tienen miedo de lanzar al proletariado al asalto decisivo y final. Kautsky, Martov, Bernstein, Turati, Ferri, Iglesias, Adler, son los *leaders* y conductores de la Segunda Internacional, o sea del socialismo reformista, evolucionista, minimalista y homeopático. Los rangos de la Tercera Internacional, de la internacional comunista, están, en cambio, poblados de jóvenes.

Sincrónica, contemporáneamente, están en gestación el orden nuevo y la generación dotada de la capacidad y del espíritu necesarios para organizado, dirigirlo y defenderlo. La nueva generación nace exenta de las supersticiones, de los prejuicios y de los apocamientos que mantienen a las viejas generaciones, —con excepción de sus espíritus más superiores y clarovidentes— ligadas y uncidas al orden decadente, anquilosado, decrepito.

La hora es, pues, de la juventud. A la juventud le toca edificar la sociedad nueva. En el Perú aparecen los primeros trascendentes brotes de la generación renovadora. Esta generación se mostrará cada vez más limpia e inmune de prejuicios estúpidos y de gustos serviles. No sentirá ninguna nostalgia del pasado. No tendrá ningún apego enfermizo a la tradición. No suspirará por el virreinato, por sus balcones, sus celosías, ni sus escalas de seda. Y hundirá la mirada audaz y compasiva en la entraña cálida y sangrienta del presente.

Conferencia: La Crisis Filosófica¹⁰

Cada civilización tiene una propia intuición del mundo, una propia filosofía, una propia actitud mental que constituye su esencia, su ánima. La decadencia de una civilización está marcada por un desgaste, un debilitamiento, una quiebra de su ideología. Las ideas peculiares de una época son un síntoma, un índice importante. Las ideas brotan de la realidad e influyen luego, sobre esta, modificándola. El idealismo de Hegel y Fichte supone al espíritu una fuerza que adquiere consciencia de sí mismo al choque con el límite que le opone la realidad. Hay ideas efímeras, son las que no representan una época; pero todas las ideas son temporales. El espíritu humano actúa sobre la realidad y es, después, influido u modificado por esta. La metafísica tiene reacciones evidentes sobre la física social, sobre la realidad histórica. Efectos del descubrimiento copernicano. Muerte del antropocentrismo.

Ahora bien. Actualmente se siente el desgaste de la ideología de esta civilización. No es solo que la organización capitalista no satisface ya las nuevas direcciones y necesidades de las fuerzas productivas. Es que ha perdido su fe, su optimismo. Florecen desde hace algún tiempo manifestaciones filosóficas y artísticas que revelan el agotamiento de la civilización capitalista. Todas las tendencias son pesimistas, negativas, escépticas. El espíritu de la ideología contemporánea es relativista.

La sociedad burguesa para desarrollarse y desenvolverse tuvo necesidad de una fuerza espiritual que le abriese paso y le inyectase fe. Esa fuerza fue la filosofía racionalista. Sin la filosofía racionalista la burguesía no habría emprendido la abolición de las castas y de sus privilegios. Consiguientemente la burguesía no habría cumplido su misión. La Razón siguió su trayectoria revolucionaria. La Razón dijo que la igualdad era incompleta si era solo política, si no era también económica.

Como toda filosofía responde a una necesidad de la época que la genera, se inició entonces un proceso de revisión de la mentalidad racionalista. Aparecieron las ideas evolucionistas e historicistas.

La humanidad tiene una trayectoria determinada. No es posible forzar su rumbo, no es posible apresurar ni retardar su marcha. Toda la mentalidad burguesa se saturó de evolucionismo y de historicismo. El intelectualismo, el racionalismo de esta suponía la existencia de un mundo objetivo y absoluto. La humanidad creía en la ley inflexible del progreso. El futuro no sería sino la coronación del presente. Poco a poco aparecieron esfuerzos filosóficos destinados a minar el dominio de la razón, a valorizar el mundo de la intuición, del sentimiento, de la voluntad. El mundo comenzó a dudar de la efectividad del progreso, la civilización comenzó a desconfiar de sí misma. Finalmente, apareció la corriente relativista.

¹⁰ <https://archivo.mariategui.org/index.php/conferencia-la-crisis-filosofica>. Esta conferencia no llega a ser dictada. Estaba programada como la última conferencia para todo el ciclo. En su lugar, Mariátegui dedicó la conferencia a Lenin, recientemente fallecido. Se publicó por primera vez en la revista *Textual*, No 5-6 (1972).

El relativismo no se reduce a la teoría de Einstein que es ya bastante. Einstein no es sino un físico. Su teoría se llama teoría de la relatividad no porque Einstein la haya concebido como filosofía relativista sino Einstein ha tenido como punto de partida el principio del movimiento relativo de Galileo. El relativismo es un vasto movimiento del cual forman parte diversos fenómenos artísticos, científicos, etc. Ocurre que de repente la humanidad se ha puesto a pensar de una manera relativista. Relativista es Unamuno que sostiene la realidad de los personajes creados por la imaginación. Relativista es Pirandello que encuentra en el hombre un ser con mil fisonomías diferentes, todas ellas igualmente válidas. Relativistas son los cubistas que niegan la imagen permanente de las cosas. Relativista es la nueva filosofía de la historia de Spengler. Relativista es la filosofía del "como si" de Hans Vaihinger. Relativista es Ortega y Gasset no obstante su empeño de conciliar racionalismo y relativismo. La filosofía del punto de vista es auténticamente relativista.

Todo el pensamiento contemporáneo está saturado de duda, de negación, de relativismo. Muchos pensadores comparan esta época con la de decadencia romana. La cultura burguesa, la inteligencia burguesa, sin embargo, no son capaces de percibir su tramonto con toda la proposición. Anécdota del cónsul de Atenas.

Los relativistas concluyen en pleno pesimismo. Ortega Gasset habla del alma desilusionada, del alma servir. Solo hay una fe: la de la revolución.